

—No es posible; no puedo, no puedo.

Él se animaba, excitándose más y más. Prometió casarse, y ni aun con eso pudo convencerla.

La muchacha respondía invariablemente á todo:

—No es posible. ¡No!

Y se fué, dejándole aún con una súplica entre los labios.

Durante una semana, Francisco no la vió. No le fué posible dar con ella; y como ignoraba dónde vivía, perdió la esperanza de volver á verla jamás.

Pero á los ocho días, al anochecer, sonó la campanilla, y Francisco abrió la puerta. Era Luisa, que se arrojó en sus brazos, abandonada completamente. Ya no volvió á negarse ni á resistir.

Por espacio de tres meses fué su querida.

Él se iba cansando ya, cuando ella le advirtió que se hallaba embarazada. Francisco vióse desde aquel momento dominado por una idea tenaz: romper sus relaciones á todo trance.

No encontrando motivo ni ocasión oportuna, sin saber cómo resolverse ni qué decir, atormentado por sus inquietudes, por el miedo que le infundía la llegada próxima de una criatura, tomó una resolución suprema y repentina, mudándose de casa, desapareciendo una noche, de pronto, sin dejar dicho á dónde iba.

Fué aquello tan inesperado y rudo, que Luisa no trató siquiera de inquirir el paradero de quien de tal modo la abandonaba. Echándose á los pies de su madre, confesó entre sollozos y llanto su desdicha; y algunos meses después tuvo un hijo.

*
* *

Pasaban los años. Francisco Tessier envejecía, sin que se hubiera producido el menor cambio en su monótona existencia; continuaba igual que siempre, viviendo como viven los burócratas, adormecidos en su pasiva tranquilidad, sin esperanzas y sin ilusiones. Levantábase á la misma hora todas las mañanas, recorría las mismas calles, entraba por la misma puerta, guardada por el mismo portero, dirigíase al mismo despacho, sentábase en el mismo sillón y se ocupaba en el mismo trabajo. Estaba solo en el mundo; completamente solo de día entre sus compañeros indiferentes; completamente solo de noche en su estancia de solterón. Economizaba mensualmente cien francos para que la vejez no le cogiera desprevenido.

Los días de fiesta solía dar un paseo por los Campos Elíseos para recrearse viendo cómo se luce la sociedad encopetada, viendo trenes costosos y damas hermosas.

Y á la mañana siguiente comunicaba sus impresiones á su compañero de mesa en la oficina, diciéndole:

—Fué un magnífico espectáculo el desfile de coches en la tarde de ayer.

*
**

Pero un domingo, distraídamente, lanzándose por otras calles fué á parar al parque Monceau. Era una hermosa y nítida mañana de verano.

Las niñeras, las nodrizas y las mamás, sentadas en los bancos de los paseos, veían jugar á los niños, tranquilamente.

De pronto, Francisco Tessier estremeciósese. Pasaba una señora llevando cogidos de la mano á un niño de unos diez años y á una niña de cinco. Era Luisa.

El oficinista continuó su paseo; pero no había dado cien pasos más, cuando tuvo que sentarse, tembloroso, rendido por la emoción. Ella no le había reconocido. A lo lejos la vió sentarse; y quedósese absorto, contemplándola. El niño, muy juicioso, permanecía junto á la madre, mientras la niña entreteníase haciendo afanosamente montones de arena. Era Luisa; no podía ser otra que Luisa; la reconoció

bien á pesar del cambio de su figura. Tenía el aspecto de una señora grave, prudente y digna, vistiéndolo con sencillez.

La miraba desde lejos con insistencia, no atreviéndose á acercarse. Cuando el niño volvió la cabeza, Francisco Tessier tembló. Era su hijo, indudablemente. Contemplándolo, creyó reconocerse, creyó revivir en aquella criatura que le recordaba un retrato suyo, una fotografía hecha en su infancia.

Permaneció detrás de un árbol, oculto, aguardando á que la señora se levantase, para seguirla.

No le fué posible dormir aquella noche. Sobre todo, la idea del niño le obsesionaba. ¡Su hijo! ¡Ah! ¡Si hubiese tenido la certeza, el convencimiento absoluto de lo que pensaba! Pero ¿qué hubiera hecho?



Siguiéndola, llegó hasta la casa donde Luisa vivía. Informóse, y supo que su amante se había casado con un vecino, un hombre honrado y serio, de severas costumbres, que se compadeció de aquella desdicha. Un hombre bondadoso que, perdonando á la infeliz su extravío, prohió á la criatura.

Y Francisco Tessier fué desde entonces al parque Monceau todos los domingos. Todos los domingos la veía; y al verla, sentíase impulsado por un ansia enloquecedora, violenta, irresistible, de levantar á su hijo entre los brazos cubriéndole de besos, y correr, huir con él, robándolo, secuestrándolo.

Padecía espantosamente en su aislamiento miserable de viejo solterón sin afecciones; padecía un suplicio atroz, desgarrado por una ternura paternal amasada con remordimientos, envidia, celos, y con el ansia de amar á la propia descendencia que la Naturaleza puso en las entrañas de todos los seres vivos.

Decidióse al fin á practicar una tentativa desesperada; y acercándose á Luisa un domingo, cuando entraba en el parque, murmuró poniéndose frente á ella, lívido, con los labios temblorosos:

—¿Ya no me conoce usted?

Luisa levantó los ojos, le miró; lanzando un grito de sorpresa y espanto al reconocerle, cogió á los dos

niños de la mano, y llevándolos casi á remolque, fuése precipitadamente.

Ya de regreso en su casa, lloró.

Pasaron algunos meses. Francisco no pudo volver á verla; pero de día y de noche le perturbaba, le devoraba su ternura paternal.

Por una caricia de su hijo hubiera dado la vida, hubiera sido capaz de asesinar, de cometer cualquier exceso, de realizar cualquier trabajo penoso, hubiese desafiado todos los peligros, aventurándose á todas las audacias.

Decidióse á escribirla, y ella no contestó. Después de veinte cartas, comprendiendo que nunca lograría convencerla, puso en práctica una resolución peligrosa, resuelto á recibir un balazo, según el giro que tomara el asunto.

Y dirigió al marido de Luisa una esquila redactada como sigue:

«Caballero:

Mi nombre, que sin duda no ignora usted, debe parecerle molesto y despreciable; acaso le inspire horror.

Pero, soy tan desdichado, de tal modo me torturan mis tristezas, que pongo en usted toda mi esperanza.

Me atrevo á suplicarle que me conceda una entrevista de diez minutos.

Le saluda muy respetuosamente

FRANCISCO TESSIER.»

No se hizo esperar la respuesta:

«Caballero:

El martes á las cinco me tendrá usted á sus órdenes en mi casa.»

* * *

Mientras iba subiendo la escalera, vióse obligado Tessier á pararse varias veces, ahogado, por la emoción. Sentía en su pecho un repiqueteo precipitado, como el galopar de una bestia campestre; un ruido sordo y violento. Apenas respiraba, y para no caerse tuvo que agarrarse bien á la barandilla.

Llamó en el tercer piso. Una criada le abrió la puerta y Tessier dijo:

—¿El señor Flamel?

—Aquí vive, caballero; pase usted.

La criada le condujo á un salón decentemente amueblado, dejándole allí solo. Aguardaba, sobresaltado, enloquecido, como si presintiera una catástrofe.

Abrióse una puerta y apareció un hombre alto, grueso, tranquilo, grave, que vestía levita negra.

Después de saludarle inclinando la cabeza, le señaló con la mano una butaca, invitándole á que se sentara.

Francisco Tessier se sentó, y luego dijo con voz emocionada:

—Caballero... Caballero... Ignoro si conoce usted mi nombre... si está usted enterado...

—Cualquiera explicación sería impropio, caballero. Mi mujer me lo ha dicho todo.

Hablaba con la dignidad propia de un hombre bondadoso que se propone mostrarse algo severo; con la firmeza persuasiva de un hombre honrado.

Francisco Tessier prosiguió:

—Pues bien, caballero, vea usted lo que me sucede: me asesinan el dolor, el remordimiento, la vergüenza. Y quisiera una vez... una sola vez... dar un beso... al niño...

El señor Flamel, acercándose á la chimenea, junto á la cual se hallaba el cordón de la campanilla, en silencio, llamó.

Al presentarse la criada, le dijo:

—Que venga Luisín.

La criada se retiró.

Quedaron los dos hombres frente á frente, silen-

ciosos, porque nada tenían que decirse, aguardando.

Y de pronto, un mozalbete de diez años entró en la sala, corriendo hacia el señor Flamel; pero se



detuvo, turbándose, al ver que su papá no estaba solo.

El señor Flamel dijo, acariciando al mozalbete: — Quiero que le des un beso á este señor.

El niño, sin cortedad alguna, se acercó al desconocido, mirándole confiado, creyéndole tal vez un viejo amigo de la familia.

Francisco Tessier se había puesto de pie. Cayó-

sele de las manos el sombrero y estuvo á punto de desplomarse; tanta era su emoción contemplando á su hijo.

El señor Flamel, por delicadeza, le volvió la espalda, y acercándose al balcón fingía distraerse mirando á la calle.

Sorprendió á la criatura el aspecto dolorido y turbado de aquel señor. Cogió el sombrero para dárselo, y entonces Francisco Tessier, oprimiendo á Luisín cariñosamente, le cubrió la cara de besos; le besaba como un desesperado en las mejillas, en la boca, en los ojos, en los cabellos.

El niño, inquieto, volvía la cabeza para evitar aquellas intempestivas manifestaciones afectuosas y levantaba sus manecitas infantiles, defendiéndose contra las caricias voraces de aquel hombre.

Hasta que Francisco Tessier, anonadado, soltándole de pronto, dijo:

— ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se fué huyendo, como huye un criminal.

